

CAPÍTULO XX

Marcha Cortés á Tlaxcala. — Entra vestido de luto, lo mismo que sus capitanes, por la muerte de Maxixca. — Brillante recepcion que le hace la ciudad. — Un hijo de Maxixca ocupa el puesto de su padre en el gobierno. — Abraza el catolicismo. — Cortés le arma caballero. — Pasa revista Cortés á sus tropas. — Jicotencatl hace lo mismo con las tlaxcaltecas. — Ordenanzas que da Cortés. — Marcha Hernan Cortés con parte de sus tropas á Texcoco para hacer un reconocimiento de los pueblos próximos á Méjico, antes de poner sitio á la plaza. — Deja en Tlaxcala á Martin Lopez construyendo los bergantines.

1520. Era el 13 de Diciembre de 1520, cuando el
Diciembre 13. caudillo español salió de Tepeaca hácia Tlaxcala, distante doce leguas. Las ciudades, pueblos y aldeas por donde pasaba, le recibian con extraordinarias demostraciones de júbilo y le obsequiaban á porfía. Los señores, la nobleza y el pueblo, salian á recibirle y le felicitaban por sus recientes triunfos. El camino que tomó fué el de

Cholula, cuyos habitantes rivalizaban en adhesión al caudillo castellano con los tlaxcaltecas y huexotzincos.

Todo era vida, animación, fiesta y regocijo en aquella marcha hacia Tlaxcala. Era el pronunciado contraste de aquella que había hecho, hacia cinco meses, á la misma capital de la república, destrozado, herido y agobiado de penas. Entonces todo era duda y temor; ahora todo confianza y placer.

Al llegar Hernán Cortés á un pueblo inmediato á la corte tlaxcalteca, se puso de luto, lo mismo que sus capitanes y soldados, para expresar al entrar en la capital el sentimiento que les había causado la muerte del noble senador Maxixca. No era un luto de etiqueta dictado por el interés político, sino por el sentimiento puro de la amistad y de la gratitud. Aquellos valientes soldados poseían una cualidad que les conquistaba las simpatías de los pueblos: la del agradecimiento. Eran indiferentes á los peligros y la muerte; pero no á los beneficios recibidos de los nativos. Bernal Díaz y Hernán Cortés se complacieron en consignar en sus páginas un tributo público de aprecio á la hidalguía y generosidad de los pueblos de Anáhuac. Ellos son los primeros en elogiar el valor, la lealtad y el desinterés de los habitantes de las bellísimas regiones de la Nueva España. ¡Bien hayan los que no se acuerdan de los bienes que hacen, y jamás se olvidan de los que han recibido de los demás!

El luto que vistieron el caudillo español y sus soldados, era la demostración pura del sentimiento que experimentaban por la muerte del digno jefe tlaxcalteca que les defendió en la desgracia. «Su muerte, dice el bravo soldado

historiador, nos pesó á todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre» (1).

Puesto en marcha el ejército, los habitantes de la capital, sin excepción de clases, edades ni sexos, salieron á recibir á Cortés, con músicas, danzas, y entonando himnos de alegría. En las puertas de la ciudad le esperaban los jefes de la república, entre los cuales se hallaba el ciego y noble Jicotencatl. Las calles del tránsito ostentaban bellos arcos de flores y de enramada, que embalsamaban la atmósfera y recreaban la vista. Hernán Cortés, al llegar al sitio en que se hallaban los senadores, bajó del caballo y les abrazó afectuosamente, manifestándoles la pena que sentía de no encontrar á su querido amigo Maxixca. Los jefes del Estado le felicitaron por sus triunfos, y uno de los oradores que con ellos estaba, pronunció un discurso, ponderando las hazañas del caudillo español, en que le daba el nombre de «vengador de la nación tlaxcalteca.»

Terminado el discurso, Cortés volvió á montar á caballo y continuó su marcha hacia los cuarteles que le tenían dispuestos.

Detrás de las tropas españolas iban las tlaxcaltecas, llenas de trofeos quitados al enemigo en los combates y ricas de botín. El entusiasmo de sus compatriotas hacia Cortés se aumentó con los elogios que de su comporta-

(1) «Cuando llegamos á Tlaxcala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Masse-Escaci, de la cual muerte nos pesó á todos, y Cortés lo sintió, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de sus capitanes y soldados.»
—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

miento hacían los guerreros de la república; pero lo que conmovió gratamente al pueblo entero, lo que le llenó de satisfacción y produjo en él un efecto profundo de cariño y de gratitud, fué el ver de luto al caudillo español y á sus capitanes por la muerte de uno de sus gobernantes. Aquel homenaje de respeto y consideración que los tlaxcaltecas veían tributar al hombre que el país miró con singular aprecio, lo estimaron en más que los ricos despojos de que llegaban cargados sus valientes compatriotas. El entusiasmo manifestado por los habitantes de Tlaxcala al jefe castellano, no tenía límites. La ciudad estaba de regocijo y fiesta, y Cortés, sus capitanes y sus soldados, procuraron corresponder á las manifestaciones de aprecio de los nativos.

Como la muerte del noble Maxixca había dejado vacante el puesto que había ocupado en el gobierno, los jefes de la república y la nobleza manifestaron á Hernán Cortés el deseo de que á un hijo suyo, á quien de derecho le correspondía el señorío, le nombrase por sucesor. El caudillo español obsequió la petición de los nobles tlaxcaltecas, y confirmó al jóven, que solo tenía trece años, en el mando que ejerció su padre (1). Los consejos que el anciano Maxixca había dado á su hijo antes de caer enfermo y aun en el lecho del dolor, recomendándole la amistad con los españoles, unidos á las palabras de Cortés, in-

(1) «Pero que allí quedaba un hijo suyo de hasta doce ó trece años, y que á aquel pertenecía el señorío del padre: que me rogaban que á él, como á heredero, se lo diese; y yo en nombre de V. M. lo hice así, y todos ellos quedaron muy contentos.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

clinaron el ánimo del jóven á abrazar la religión católica. Tomó en el bautismo el nombre de Juan, y por apellido se le quedó Maxixca, que era el nombre de su padre (1). Hernán Cortés, anhelando pagar con alguna distinción honorífica en el jóven los méritos de su leal amigo, le armó caballero él mismo, al uso de Castilla, siendo sin duda el primer nativo de la América á quien se confería la orden de caballería. Pidió también entrar en el gremio de la iglesia católica el anciano Jicotencatl, y su bautismo se celebró con toda pompa, recibiendo el nombre de Vicente de Vargas (2). Pocos días después se bautizaron, con no menos fausto, los otros dos jefes de la república, Citlalpopoca y Tlehuexolo, recibiendo éste el nombre de Gonzalo y aquél el de Bartolomé. Estas conversiones al catolicismo llenaron de júbilo á los españoles. El ejemplo de los gobernantes fué seguido por varios nobles, y el pueblo empezó á inclinarse á la religión de los cristianos. Hernán Cortés, viendo sembrada la semilla, no dudó que fructificaría muy en breve por todos los ámbitos de la nación tlaxcalteca, y satisfecho de los progresos que debía hacer la doctrina del Evangelio, se entregó con afán á los preparativos para emprender la campaña sobre Méjico.

(1) Solís dice que se llamó Lorenzo; pero éste fué el nombre que tuvo el anciano Maxixca al bautizarse, pues el hijo se llamó Juan, según se ve por Torquemada que lo supo de los mismos tlaxcaltecas.

(2) «Y con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer, en Tlaxcala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre don Lorenzo de Vargas.» (Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*). No es de extrañar que el veterano conquistador equivocase el nombre de un senador por el de otro, después de más de cuarenta años.

El inteligente constructor vizcaino Martín López trabajaba sin descanso en la obra importante de los bergantines. Sin los buques, casi era imposible rendir la capital, pues recibiendo por la laguna los víveres, los ejércitos mejicanos podrían salir y entrar de la ciudad libremente, atacar el campamento español siempre que juzgasen conveniente, y prohibir que le llegasen comestibles.

Fué fortuna de Hernán Cortés, que el valiente constructor que se encontró en todas las batallas, portándose en ellas «como buen soldado, dice Bernal Díaz, y sirviendo en todas las guerras muy bien», no pudiese en algún combate. No había en el ejército otro constructor más que él, y si hubiera perecido, la conquista de la capital azteca se hubiera prolongado algunos meses más; pues «para que llegase de España algún otro constructor, dice el veterano historiador, se hubiera pasado mucho tiempo, y tal vez no fuera ninguno» (1).

El activo caudillo castellano, deseando aprovechar los instantes, hizo conducir de Veracruz, en hombros de algunos centenares de indios de carga, que le facilitó la provincia totonaca, los cables, los aparejos, velámenes y demás objetos de los barcos que mandó desbaratar el año anterior. Para embrear los nuevos bergantines que debían servir en la laguna, hizo sacar de los robustos pinos

(1) «Fué un Martín López, que ciertamente demás de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varón, y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro á Castilla se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno.» — Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

que vestían el pintoresco monte de la Malinche la cantidad necesaria de brea, desconocida hasta entonces por los habitantes del país (1). Al mismo tiempo que se ocupaba de lo concerniente á los bergantines, hacia que se compusiesen las armas que se hallaban en mal estado y se tuviese mucho esmero en las nuevas.

Quince días permaneció Hernán Cortés en Tlaxcala, activando los preparativos para emprender la campaña. La construcción de los trece bergantines estaba muy adelantada, y las tropas españolas se veían perfectamente equipadas y en un estado de salud completo.

El caudillo español se propuso emprender las operaciones en el valle de Méjico y hacer los reconocimientos necesarios, en tanto que terminaba la construcción de los barcos.

Con el fin de que todo estuviese dispuesto para el momento en que se emprendiese la marcha, avisó á los gobernantes de Huexotzinco, Cholula, Tepeaca, y demás provincias aliadas, que tuviesen listos sus escuadrones, y acopió gran cantidad de víveres para el numeroso ejército. La república de Tlaxcala tenía ya dispuestos sus valientes batallones, y el joven Jicotencatl, que se encontraba al frente de ellos, esperaba con impaciencia el día de la salida.

El 26 de Diciembre pasó Hernán Cortés revista á las

(1) Agrega Solís que entonces sacaron azufre del volcán de Popocatepetl para hacer pólvora, y que se llamaba Montano el que lo sacó. Sufre en esto el apreciable cronista un error. Del volcán de Popocatepetl no se sacó azufre hasta 1522; y el caballero que descendió al cráter se llamaba Francisco de Montaña.

fuerzas españolas, y quedó satisfecho del buen estado que guardaban. Se componian de quinientos cincuenta infantes, siendo ochenta de ellos ballesteros y arcabuceros, y de cuarenta de caballería. Los cañones eran nueve, aunque todos de poco calibre; y respecto de pólvora, se encontraba el ejército bastante escaso (1).

Los tlaxcaltecas que procuraban imitar, en lo posible, la disciplina de los españoles, dispusieron tambien pasar revista á sus tropas al siguiente dia, á presencia de Cortés y de sus capitanes. Iba abriendo la marcha una numerosa banda de música, cuyos instrumentos se componian de caracoles marinos, trompetas y tamboriles. Seguian los cuatro jefes principales de la nacion armados de rico escudo y de espada, y ostentando sobre los brillantes cascos, bellísimos penachos de exquisitas plumas que se elevaban á mas de dos piés sobre sus cabezas. Tres de estos distinguidos jefes eran respetables ancianos, encanecidos en el servicio de la patria, y en las insignias que llevaban daban á conocer los gloriosos hechos de armas en que ilustraron sus nombres. El otro era aun niño; pero no menos respetado y querido de la nobleza y del pueblo, puesto que honraban en él la memoria de su venerable padre, el noble Maxixca. Vestian sobre el peto de algodón, una delicada túnica de finas plumas, adornada de piedras preciosas; llevaban atados los cabellos, con finas cintas de oro delicadamente labradas; lujosos pendientes de esmeraldas, lucian en

(1) «Y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca pólvora.»—Tercera carta de Cortés.

el labio inferior y las orejas, y costosas sandalias de oro, con bellos cordones, adornados de perlas, cubrian sus piés. Detrás de los jefes de la nacion, iban sus cuatro escuderos, armados de lujosos arcos y flechas, y seguian otros cuatro individuos, llevando en alto igual número de estandartes, en que brillaban los escudos de armas que indicaban las cuatro divisiones de que se componia la república. Marchaban despues, formados en hileras de veinte, y guardando perfecto orden en las distancias, los flecheros, pintado el cuerpo con vivos colores, imitando armaduras, y sin mas traje que la ancha faja de algodón con que cubrian sus pendendas. Cada compañía, compuesta de cuatrocientos hombres, llevaba su estandarte particular. Seguian á los flecheros, los guerreros de espada y rodela, en el mismo orden expresado, y cerraban la marcha los escuadrones de lanceros, armados de largas picas, semejantes á las que habia mandado hacer Hernán Cortés. Los oficiales iban lujosamente vestidos, cubiertos de resistentes armaduras, y ostentando en la cabeza vistosos cascos en que flotaban bellos penachos de hermosas plumas.

Al pasar por delante del caudillo español, á quien habian invitado los jefes para que asistiese á la revista, le saludaban, tremolando sus estandartes y dando al viento las discordes notas de sus insonoros instrumentos. Hernán Cortés correspondia al saludo, descubriéndose cortesmente, á medida que iban desfilando.

El número de guerreros que formaba el ejército auxiliar, es difícil de poderse fijar. Unos dicen que ascendia á ciento diez mil hombres, y otros le hacen subir á ciento cincuenta mil. Exageracion puede haber en la cifra, y poca